

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

EL MANUSCRITO

DE

UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES,

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas.

Cuaderno 22 de ocho entregas.

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, número 14.

1872.

L47
2238

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS—MADRID

EL MANUSCRITO

UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

de 1869

ENRIQUE PEREZ ESCOBAR

ESTADA CON LÁMINAS TALLADAS ALARTE Y DIBUJADAS

de 1869

D. Eusebio Plaza

Ministerio de Fomento 22 de octubre 1869

MADRID

JOSE ASTOR Y COMPAÑIA EDITORES

Calle de las Hilerías número 41

1872

—¿Dónde está mi padre, Santiago?

Santiago levantó la cabeza y vió junto á él á Clotilde, hermosa como siempre, pero mas pálida y mas triste que nunca.

—Lo ignoro, señorita,—contestó con vacilante acento Santiago.

—¡Ignorar tú lo que hace mi padre, lo que desea, lo que piensa! ¿es posible eso?—volvió á decir Clotilde.

—El general ha cambiado mucho desde que salimos de España.

—Sí, lo sé: ha cambiado mucho en el amor que tenía á su hija, pero no en la confianza que demostraba á su ayuda de cámara.

Y como Santiago inclinara los ojos al suelo, sin duda porque no encontraba palabras con que contestar á aquella reconvencion, Clotilde volvió á decir:

—He visto partir á mi padre desde la ventana de mi habitacion; tú, Santiago, le has acompañado hasta el camino, le entregaste allí una caja que conozco perfectamente, porque la he visto en todos nuestros viajes: contiene un par de pistolas. Viendo salir á mi padre con aquellas armas, que no son las mas á propósito para llevarlas cuando se trata de dar un paseo á caballo, he sospechado que alguna nueva desgracia nos amenaza; sin embargo, he sido prudente y he dejado pasar algunas horas; pero ya la tardanza de mi padre viene á corroborar mis sospechas, y yo necesito que me digas á dónde ha ido.

—Lo ignoro, señorita.

—Mientes, Santiago; tú no ignoras nada de cuanto piensa mi padre, porque posees por completo su confianza, y si no bastan mis súplicas, te exijo que me reveles la verdad.

Santiago guardó silencio.

La inquietud, el malestar de Clotilde le atormentaban.

—¡Callas! ¡no respondes! ¡quién soy yo en esta casa! Y como Santiago continuaba encerrado en su mutismo, Clotilde, exhalando un suspiro y cubriéndose el rostro con las manos, exclamó con desolado acento:

—¡Ah! sí, ¡soy una infeliz prisionera, una pobre víctima á quien se pretende sacrificar!



CAPÍTULO II.

En donde Santiago no sabe qué responder.

Trascurrió una pausa en el mayor silencio, solo interrumpida por el lejano sonido de una cancion que, desde el lago, llegaba á la azotea en alas del céfiro nocturno.

De repente el cuerpo de Clotilde se irguió, y en sus ojos, dulces y hermosos poco antes, brilló una mirada llena de ira y de desesperacion.

—Santiago,—dijo,—en vano intentas ocultármelo; mi padre ha salido con la intencion de cometer un crimen, porque de lo contrario, ni hubiera llevado consigo las pistolas, ni se hallaria fuera de casa á estas horas. Solos nos hallamos, sin mas testigos que Dios, y yo necesito tener contigo una esplicacion que aclare de una vez la difícil situacion en que nos encontramos, el terrible misterio que nos abruma.

Y como Santiago continuara en su pertinaz silencio, Clotilde, despues de una pausa, volvió á decir:

—¿Pensais matar á Daniel?... ¿Asesinar al conde de

la Fé, que con tanta generosidad le protege?... Decidlo de una vez, y no os goceis atormentándome.

Santiago se estremeció: fué poco á poco levantando la cabeza, fijó tristemente los ojos en Clotilde y dijo:

—Ignoro las intenciones del general: me manda y obedezco; y bien sabe Dios, señorita, que nadie mas que yo desea termine esta tirante situacion en que nos encontramos.

—¡Oh! ¡parece imposible que se pueda mentir con tanta pertinacia!...—esclamó Clotilde;—tú que me espías sin cesar, tú que corres á comunicarle á mi padre todo cuanto yo hago... ¿cómo es posible que no sepas á dónde ha ido? Pues bien, yo te lo diré: escucha.

Y Clotilde, irritada con las negativas y el silencio de Santiago, le cogió por un brazo y dijo:

—Mi padre sabe que amo á Daniel con toda mi alma, no ignora que se halla en esta tierra, y tal vez tú mismo le has dicho que hemos tenido una entrevista en ese jardin. Todo esto lo sabe el general, y como hombre de guerra, sin que yo pueda explicarme los motivos de su tenacidad, se ha dicho: «Buscaré á Daniel, le insultaré, tendrá que batirse conmigo, y como soy diestro y valiente, saldré vencedor, imposibilitando los amores y las esperanzas de mi hija.» ¡Oh! ¡esto es horrible!...

Y Clotilde se cubrió el rostro con las manos y comenzó á llorar.

—¡No, no, eso no es cierto!...—gritó Santiago.—Yo juro á usted, señorita, que el general no se batirá con Daniel.

—Entonces, ¿para qué se llevó las pistolas?

—Lo ignoro: tal vez para la seguridad de su persona, pues pensaba dar un largo paseo por el campo.

—Santiago, tú sabes como yo que en la pacífica república no hay necesidad de ir armados. Aquí se tiene seguridad individual, aquí no existen ladrones: las armas están de mas en donde impera la ley. Mi padre, pues, llevaba un objeto criminal al salir con las pistolas.

—Pues bien, señorita,—repuso el ayuda de cámara, que comenzaba á desorientarse,—al dar las diez de la noche, si el general no ha regresado, cumpliré sus órdenes.

—¡Sus órdenes!—repitió Clotilde, estrañando el giro que habia tomado Santiago;—¿qué órdenes son esas?

—No tardará usted mucho en saberlo, señorita.

Y diciendo esto, salió precipitadamente de la azotea, dejando á Clotilde llena de confusiones.

—¡Ah!—esclamó despues de un momento de paüsa,—Santiago es el hombre de confianza de mi padre; conozco el carácter de ese leal servidor y serian inútiles todas mis súplicas para arrancarle una palabra. Si él ha jurado cumplir las órdenes que dice, nada sabré hasta que suene la hora que me ha indicado.

Y Clotilde, pasándose la mano por la frente, como si quisiera ahuyentar tristes presentimientos, estendió una mirada melancólica sobre el lago, y exhalando un suspiro, volvió á decir:

—¡Qué hacer, Dios mio! Dentro de algunas horas Daniel vendrá á reclamar mi palabra. ¿Podré yo acudir

á la cita? ¿Tendrá Santiago orden de impedirlo? ¿Se presentarán nuevos obstáculos, nuevos peligros que vengán á esterilizar nuestros planes de amor y felicidad? ¡Si yo pudiera, al menos, avisar á Daniel!

Y Clotilde, inmóvil, apoyada en la barandilla de la azotea, permaneció algunos segundos vacilante, indecisa, porque su situación era difícil, y en vano procuraba buscar en su mente un recurso salvador.

El tiempo, mientras tanto, avanzaba.

La luna llenaba de poética luz el lago y sus cercanías, y Clotilde, pobre enamorada, dirigía en vano sus ojos hácia el punto de la ribera por donde debía presentarse Daniel.

Mientras tanto, Santiago, con creciente agitación, se paseaba por el camino de árboles que daba paso á la entrada de la quinta.

Por allí debía regresar el marqués.

Y en vano dirigía miradas afanosas hácia el desierto camino.

Por fin un reloj de torre despidió al viento, con pausa fatal, diez campanadas.

Santiago detuvo su paseo.

Contó uno á uno aquellos ecos que le enviaba el metal, y exhalando un suspiro, dijo con sordo acento:

—¡Las diez! El general ha muerto; mañana le vengaré, pero esta noche cumplamos su última voluntad.

Santiago se encaminó pausadamente al gabinete del marqués, como el hombre que desea retardar el momento de la ejecución, abrió un armario y sacó de él el

cofrechillo de ébano. Tenia la llave puesta en la cerradura.

Santiago, durante algunos segundos, contempló tristemente el pequeño mueble que encerraba la historia de una mujer desgraciada, la terrible acusacion de un hombre infame, el misterioso drama de familia que tantos afanes, tantos desvelos habia costado al general Lostan.

Por fin cogió el cofrechillo, y saliendo de la habitacion del marqués, se dirigió al gabinete de Clotilde, dejó sobre un velador el cofrechillo, puso junto á este una lámpara y subió á la azotea en busca de la hija del general.

Clotilde permanecia todavía en el mismo sitio, abismada en sus profundas y tristes reflexiones.

—Señorita Clotilde,—le dijo Santiago respetuosamente,—acaban de dar las diez y debo cumplir las órdenes de mi amo el general. El señorito Daniel no vendrá hasta las doce.

Clotilde levantó la frente, fijó una mirada de sorpresa en aquel hombre; pero Santiago, antes de darle tiempo para que le dirigiera la palabra, continuó de este modo:

—Quedan dos horas de tiempo para que usted sepa las poderosas razones que tiene el general Lostan para oponerse á los amores de Clotilde y de Daniel.

—¿Y vas tú á explicarme esas razones? —preguntó precipitadamente la jóven.

—No soy yo, señorita, quien debe descorrer el velo de un secreto que tanto importaba á la honra del general tener oculto.

—Entonces...

—En el gabinete de usted, sobre el velador, he colocado un pequeño cofrecillo de ébano que encierra el testamento del general Lostan y las memorias de la madre de Daniel. La señorita puede bajar á su habitacion y leer las páginas del diario que escribió una pobre mujer que ya no existe, y cuando el amante acuda á la cita, al sonar la hora de la media noche, entonces usted, señorita, lo sabrá todo.

Clotilde lanzó un grito.

Las palabras de Santiago tenían algo de imponente, mucho de misterioso.

La hija del general Lostan bajó precipitadamente la escalera y entró en su gabinete.

Santiago se quedó en la azotea, inmóvil como una estatua, murmurando en voz baja:

—¡Aquí esperaré el día! Cuando Daniel acuda, encontrará libres todas las puertas de la casa; cuando el sol nazca, comenzará la hora de la venganza.

CAPÍTULO III.

El padre de almas.

Dejemos á Clotilde abriendo con afanosa inquietud el cofrecillo de ébano, y á Santiago inmóvil como una roca en la azotea, desde cuyo punto, gracias á la claridad de la luna, distinguia perfectamente el jardin y los alrededores de la casa de Diodati, y vamos á encontrar á Daniel en el mismo punto en que le dejamos hace algunos capítulos, es decir, cuando, separándose de su protector el conde de la Fé, se disponia á arreglarlo todo para realizar sus sueños de amor y felicidad.

Serian las once de la noche.

Daniel habia dado las órdenes convenientes para que un carruaje de campo, de cuatro asientos, se hallara á las doce en punto cerca de la quinta de Diodati.

Este carruaje debia conducir á Clotilde hasta la ermita católica, situada á media hora escasa de aquel punto.

De esta comision estaba encargado Lorenzo, cuya

actividad inspiraba gran confianza al conde de la Fé.

Daniel, mientras tanto, montó á caballo y se dirigió á galope hácia la ermita.

La impaciencia de la juventud es tanta, que siempre cree llegar tarde á todas partes.

Á las once y cuarto de la noche Daniel se detenía en la verja del pequeño jardincillo que rodeaba la ermita y la casa del presbítero.

Ató el caballo á las ramas de un tilo y tiró de la campana que anunciaba al sacerdote que un hermano en miserias y penalidades necesitaba de él.

No tardó mucho en aparecer un muchachote de doce á catorce años que se encaminaba hácia la verja por entre las ramas del jardín.

Este muchacho, que hacia las veces de acólito y de sacristan, llegó hasta la verja, y como no le era desconocido el señorito que llamaba, abrió sin ningun recelo.

Daniel comprendió que era inútil dirigirle la palabra.

Aquel muchacho era un ginebrino del campo y no habria entendido nada de cuanto le hubiera dicho Daniel.

Avanzó, pues, por el camino de tilos que conducía á la casita del presbítero y entró en ella, en donde se hallaba el padre de almas con su Breviario en la mano.

—Buenas noches, señor vizconde,—dijo el sacerdote dirigiéndole la palabra en latin, que era el idioma con que mas fácilmente podria entenderse con Daniel.

—Buenas noches, padre,—contestó Daniel besándole

la mano.—Supongo que estará todo dispuesto para la ceremonia.

—Todo. Encenderemos el altar tan pronto como vengan los padrinos y la novia, y sería para mí una gran satisfacción que presenciara el acto el señor general.

—¡Oh! eso es algo difícil: se opone á este enlace con una tenacidad increíble; pero todos abrigamos la esperanza de que muy en breve nos abrirá los brazos, arrepiñtiéndose de haber sido con nosotros tan cruel.

—¿Y ha elegido usted la casa en donde debe depositarse la jóven despues de desposada?—preguntó el sacerdote, en cuya venerable frente, coronada de canas, brillaba la virtud de una existencia sin mancha.

—Mi padre, el conde de la Fé,—añadió Daniel,—me envia á suplicarle á usted nos honre aceptando en su casa á la que mi corazon ha elegido por esposa. La permanencia aquí de Clotilde será corta, porque, como he tenido el honor de decir á usted, todos confiamos en que el general no resistirá tres dias á vivir sin su hija.

—Jóven, aunque mi habitacion es muy modesta para la hija de un título español, acostumbrada á las comodidades de su palacio, no tengo inconveniente alguno en que la señorita Clotilde se quede aquí algunos dias: yo, mientras tanto, me iré á vivir á la ermita con Jacobo el sacristan; pero esta es la habitacion que puedo cederle.

Y el padre de almas, sonriéndose, estendió el brazo en derredor suyo al indicar su modesta casa.

En verdad que no tenia nada de suntuoso ni de regio

aquella salita de paredes blancas, amueblada con una docena de sillas de paja, un armario de pino, una mesa con tapete de bayeta verde y un sillón de baqueta.

Pero la permanencia de Clotilde en aquella casa debía ser corta, y la modestia de sus muebles la suplía el agradable perfume que exhalaba el bien cuidado jardín que la rodeaba.

El presbítero se levantó, y descorriendo una cortina que cubría la entrada de una habitación, dijo:

—Este es el cuarto de dormir que puedo cederle: no tengo otro. La mujer que cuida de mi ancianidad se encargará de servir á la señorita Clotilde los días que permanezca en esta casa, que procuraremos que sean los menos posibles para que su molestia no se prolongue mucho.

—Doy á usted las gracias, padre, por su generosidad, y en nombre del señor conde de la Fé le ruego que acepte estas monedas, que servirán para sufragar los gastos extraordinarios que le cause mi prometida.

—Jóven, yo agradezco al señor conde de la Fé esas monedas con que pretende pagar los servicios que aun no he prestado, y que no debo aceptarlas; pobre soy, pero la misión de un sacerdote en la tierra es muy sagrada, y el deber le manda tener siempre abiertas las puertas de su casa para todo aquel que llame y le necesite.

—Pues bien, padre, guarde usted ese dinero y distribúyalo entre los pobres como guste, en nombre del conde de la Fé.

—Eso es muy distinto, jóven. Pobres no faltan en

ninguna parte, y deber es de un padre de almas velar por ellos.

—Ahora,—añadió Daniel,—pido á usted permiso para retirarme; Clotilde me espera á las doce y ya no pueden tardar. Dentro de una hora estaremos aquí para recibir la santa bendicion.

—Todo lo tendré dispuesto.

Daniel besó la mano del sacerdote y salió de la sala.

El padre de almas sacó media docena de cirios del armario y llamó á Jacobo.

—Pon estos cirios en los candeleros del altar,—le dijo,—y espérame, sin dormirte, en la puerta de la ermita; esta noche tenemos unos esponsales; no tengo nada mas que decirte.

Apenas habia salido el muchacho, cuando el sacerdote agitó una campanilla que se hallaba sobre la mesa, y una mujer, cuya edad frisaria en los cincuenta años, se presentó en la puerta.

—Señora Francisca,—le dijo,—procure usted tener fuego en la cocina, porque esta noche vamos á tener un huésped y tal vez tenga necesidad de tomar algun alimento; mude usted las sábanas de mi cama y dispóngalo del mejor modo posible: que supla el aseo y la buena voluntad á la pobreza con que Dios nos favorece.

La señora Francisca indicó con un movimiento de cabeza que estaba enterada y salió de la habitacion sin desplegar los labios.

El padre de almas cogió el Breviario y se puso á rezar con la tranquilidad de un justo.

CAPÍTULO IV.

Misterio.

Daniel montó á caballo y se dirigió hácia la quinta de Diodati.

Á las doce en punto de la noche debia esperarle Clotilde junto á la puerta falsa del jardin.

Antes de encaminarse al punto de la cita, creyó prudente averiguar si el carruaje le esperaba en el sitio conveniente; dirigió el caballo hácia la izquierda, bordeando la tapia del jardin del general, y poco despues se encontraba en la entrada de un bosquecillo, sitio en donde se habia convenido que esperara el carruaje.

Y efectivamente, allí estaba Lorenzo, sentado en el pescante.

—¿Viene usted solo, señor vizconde?—le preguntó Lorenzo viendo acercarse á Daniel.

—Sí, solo.

—Pues, ¿y la señorita Clotilde?

—Voy ahora en su busca.

—¡Ah! creia que se nos presentaba algun nuevo contratiempo.

—Antes de acudir á la cita he querido enterarme de si estaba usted ya en su sitio.

—Yo no falto nunca.

—Ya lo sé, Lorenzo. Hasta luego.

—Hasta luego, señorito, y buena suerte.

Un momento despues, Daniel se detenia á veinte pasos de la puerta falsa del jardin.

Habia dejado el caballo atado á un árbol, cerca del carruaje.

Avanzó resueltamente hácia la puerta, la empujó; estaba abierta, y entró en el jardin.

Durante algunos minutos permaneció inmóvil contra la tapia, ó por mejor decir, apoyado en el tronco de un plátano, porque la luz de la luna era tan clara, que temió ser visto por algun criado de la casa.

Á Daniel le estrañó no encontrar á Clotilde en la puerta del jardin.

Miró la esfera de su reloj: marcaban las saetas las doce y quince minutos.

Temiendo cometer una imprudencia, se resolvió á esperar; pero el tiempo tenia para él una duracion insoportable.

Así trascurrió una hora. Era indudable que le habia sucedido algo á Clotilde.

Aquel jardin solitario, silencioso como una tumba, oprimia su espíritu.

Daniel, como si estuviera enclavado junto al árbol, no se atrevia á mover un pié.

En vano dirigia por todas partes miradas afanosas,

inquietas... nada. Solo la luna, cuyos rayos se quebraban entre las ramas de los árboles, era testigo de su angustiosa soledad.

—Es indudable que á Clotilde le ha sucedido alguna desgracia...—se dijo exhalando un suspiro.—Es preciso que yo la encuentre, que yo la vea, que yo la salve, si es necesario...

Y pasándose la mano por la frente, como el hombre que toma una resolución, añadió:

—¡Qué me detiene! ¿Tal vez los peligros que pueda correr? ¡Ah, no; pues por ella nada me importa arriesgar la vida! ¡Adelante!

Daniel sacó del bolsillo del pecho de la levita un pequeño revolver de seis tiros y se dirigió resueltamente hácia la casa que al extremo del jardín se destacaba solitaria y medio envuelta por las sombras de la noche.

Junto á la puerta de la quinta de Diodati se hallaban cuatro estatuas colocadas sobre sus pedestales de mármol.

Apoyado en uno de estos pedestales, Daniel creyó distinguir un bulto, tan inmóvil como la estatua de piedra que se hallaba á su lado.

Se detuvo un instante, montó el pié de gato del revolver y continuó su camino.

Apenas habria avanzado cuatro pasos, Daniel notó que se movia el bulto, y no tardó mucho en reconocer á un hombre.

Rápidamente cruzó por su imaginacion lo que aquel

hombre hacia en semejante sitio, y entonces se esplicó por qué Clotilde no acudia á la cita.

Para entrar en la casa, para buscar á la hija del general, era preciso habérselas con aquel mudo centinela que defendia la puerta.

Siempre es desagradable matar á un hombre que cumple con su deber. Daniel se detuvo un momento, y como observara que el centinela ni se estrañaba de su presencia ni tomaba la actitud del que se dispone á defenderse, le dijo con acento severo:

—¡Quién va!

—Esa pregunta es la que yo debia hacer,—contestó Santiago con reposado acento;—como yo estoy quieto y en mi casa, usted penetra en el jardin y se acerca hácia mí resueltamente, yo soy, pues, el que debe interrogar y no usted.

Daniel creyó reconocer la voz de aquel hombre.

—Pues yo solo tengo que responderle á usted una cosa: que quiero entrar en esa casa, porque tengo precision de ver á la señorita Clotilde.

—¡Ah!... ¿es usted el señorito Daniel?

—El mismo. ¿Y usted Santiago, el ayuda de cámara del general?

—Sí, yo soy ese que usted dice.

—Entonces sospecho que se halla usted colocado junto á esa puerta para estorbarme el paso, y siento decirle que entraré aunque usted se oponga.

Santiago, á pesar de la amenaza, permaneció inmóvil, sin cambiar de actitud.

—¿Y quién le ha dicho á usted que yo me opongo?— contestó el ayuda de cámara;— franca está la puerta;— continúe usted su camino.

Daniel escuchó absorto aquellas palabras. No se atrevía á dar crédito á lo que acababa de oír!

La resignación de Santiago, la calma con que escuchaba sus amenazas, tenían para él un gran misterio. Por eso, en vez de avanzar hácia la casa, permaneció inmóvil, sospechando si le prepararían alguna emboscada.

Tambien concibió rápidamente otra sospecha: que no estuviera Clotilde en la casa.

La situación del jóven era grave; pero observando una sonrisa en los labios de Santiago, que parecia decirle: «Tienes miedo de continuar tu camino,» avanzó resueltamente y penetró en el portal, pensando que por ninguna causa mas querida pudiera arriesgar la existencia.

Una vez dentro de la casa, Daniel se detuvo al pié del primer tramo de la escalera.

Él sabia que Clotilde ocupaba una habitacion en el piso principal.

La escalera estaba alumbrada por una lámpara.

Reinaba en aquel sitio el mas profundo silencio.

Despues de un momento de vacilacion, Daniel se resolvió á seguir adelante.

Comenzó, pues, á subir la escalera, revolver en mano y dirigiendo en derredor suyo miradas recelosas, como el hombre que teme ser víctima de alguna emboscada.

Llegó al piso principal sin encontrar á nadie, sin que nadie le molestara.

La antesala, alumbrada tambien por una lámpara que pendia del techo, estaba desierta.

Daniel se detuvo un momento. Dirigia alternativamente los ojos á las dos puertas que le cerraban el paso: una á la derecha, otra á la izquierda.

Aquella soledad, aquel silencio tenian algo de extraño; pero no era miedo lo que sentia el corazón de Daniel, sino inquietud, malestar. Temia que hubiese sucedido alguna desgracia á Clotilde.

Despues de vacilar un momento resolvióse á seguir sus investigaciones, y entró por la puerta de la derecha.

Detrás de esta puerta encontró un salon inmenso, alumbrado por las cinco bujías de un candelabro que estaba puesto sobre el mármol de la chimenea.

Este salon, de carácter severo, estaba amueblado con muebles antiguos, y por las paredes se veian algunos retratos.

Daniel cruzó á lo largo el salon; describió una ancha cortina de terciopelo que le cerraba el paso, y penetró en una nueva habitacion.

Era un pequeño local dedicado para despacho y biblioteca del dueño de la casa.

Tambien esta pieza estaba alumbrada, pues pendia del techo una lámpara de bronce, de esas que son tan comunes en las iglesias.

Daniel vió una puerta en el extremo opuesto por donde habia entrado, y avanzó hácia ella.

Diríase que una calentura, un vértigo le empujaba, haciéndole caminar siempre adelante.

Abrió la puerta y se detuvo.

Una mujer entrada en años, sentada junto á una mesa, leía á la luz de una bujía en un grueso volumen colocado en un atril.

Aquel libro era la Biblia.

La anciana levantó la cabeza sin demostrar sobresalto y fijó una mirada serena en Daniel.

Quitóse las gafas, las dejó sobre la mesa y volvió á mirar al jóven sin desplegar los labios.

Después de un momento de pausa, la anciana preguntó en español, aunque con un acento marcado de estranjerismo:

—¿Á quién busca usted, jóven?

La serenidad de aquella pregunta repuso instantáneamente á Daniel, que contestó con resolución:

—Á la señorita Clotilde; necesito verla inmediatamente.

La anciana se levantó, cogió la bujía y dijo:

—Tenga usted la bondad de seguirme.

Cruzaron en silencio algunas habitaciones, la mujer siempre delante, Daniel detrás, con el revolver en la mano y dirigiendo miradas recelosas en derredor suyo, porque el jóven no acertaba á esplicarse lo que le sucedía.

Por fin la mujer se detuvo delante de una puerta y dijo lacónicamente:

—Esa es su habitación.

Y sin esperar respuesta, se retiró por donde habia venido, dejando á Daniel en las mas profundas tinieblas.

La oscuridad inspira siempre desconfianza á los que

se encuentran en la situación en que se hallaba el ahijado del conde de la Fé.

Aunque aquella mujer le habia dicho: «Esa es la habitación de Clotilde,» Daniel no se atrevia á abrir la puerta, temiendo ser víctima de algun engaño.

Después de algunos momentos de vacilacion, de creciente inquietud, se acercó á la puerta y se puso á mirar por la cerradura.

No vió nada mas que el resplandor de una luz.

Resuelto, por fin, á terminar aquella angustia que le devoraba, empujó suavemente la puerta, que fué cediendo sin hacer el menor ruido.

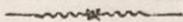
Detrás de esta se hallaba un inmenso portier de terciopelo, cuyos anchos pliegues cerraban el paso á la habitación.

Daniel descorrió cuidadosamente la cortina por uno de sus extremos y asomó la cabeza, y entonces necesitó de toda su fuerza de voluntad, de todo su valor para no exhalar un grito: Clotilde estaba allí, profundamente embebida en la lectura de unos papeles que se hallaban estendidos sobre una mesa.

Sobre esta mesa Daniel vió un cofrecillo de ébano, que le hizo recordar á su madre, porque tambien ella tuvo uno muy parecido al que se hallaba sobre la mesa de Clotilde.

Daniel ahogó un suspiro, llevóse la mano al corazón y murmuró en el fondo de su alma esta frase:

—¡Pobre madre mia!



CAPÍTULO V.

Donde Daniel encuentra á Clotilde:

Acontece en la vida que el hombre, muchas veces, corre ciego y atropella por todo en busca de lo que él cree su felicidad, y cuando, despues de innumerables fatigas, de penalidades sin cuento, llega á tener esa felicidad al alcance de su mano, entonces se detiene, tiembla, vacila, y medroso y cobarde, no se atreve á cogerla, temiendo que se desvanezca entre sus dedos como un sueño.

Daniel, que durante algunas horas habia corrido en busca de Clotilde aquella noche, sin que nada le detuviera y dispuesto á luchar con los hombres y con los obstáculos, al ver á Clotilde sola, á pocos pasos del sitio que él ocupaba, hermosa como nunca, no se atrevia á interrumpirla, sospechando que de gran interés debia ser la lectura que la preocupaba cuando habia olvidado la importante cita que debia asegurar la felicidad de entrambos aquella noche.

Daniel observó desde su escondite, oculto detrás de los anchos pliegues de la cortina, que de los hermosos ojos de Clotilde se desprendían una á una, gota tras gota, abundantes lágrimas, y que su rostro estaba pálido y conmovido por la emoción.

La lectura de aquellos pliegos manuscritos debía ser sumamente interesante para la hija del general Lostan, y Daniel no se atrevía á avanzar un solo paso, temiendo cortar, tal vez en un punto excesivamente interesante, la profunda atención en que yacía Clotilde.

Pero hay situaciones que es una imprudencia prolongarlas.

Daniel, sin embargo, luchaba entre el deseo de terminar su inquietud y el temor de sobresaltar de un modo demasiado vivo con su presencia á Clotilde.

Todo lo que le habia sucedido aquella noche era bastante extraño. Nadie se habia opuesto á que llegara hasta aquella habitacion. Era, pues, lógico sospechar que Clotilde le esperaba allí, puesto que hasta aquel sitio le habia acompañado una sirvienta de la casa y permitídole la entrada Santiago.

Pero, ¿cómo explicarse todo esto con la escena violenta que habia tenido lugar entre el general y el conde de la Fé en casa de este último?

Daniel se aturdió mas y mas á manera que buscaba una explicación de todos los acontecimientos de aquella noche; pero era preciso terminar, y resuelto al fin, recorrió la cortina y dijo en alta voz:

—Clotilde, soy yo, no te sobresaltes.

Clotilde lanzó un grito, dejó caer sobre la mesa el manuscrito que tenia en la mano, y levantándose de la silla como impulsada por una fuerza superior á la suya, estendió los brazos en direccion al jóven, exclamando con débil acento:

—¡Daniel! ¡eres tú!...

Daniel observó que el cuerpo de Clotilde desfallecia, que, falto de fuerzas y agitado por una convulsion nerviosa, iba á caer al suelo, y corrió á sostenerle entre sus brazos.

—¡Clotilde de mi alma!—exclamó Daniel estrechándola contra su pecho.

Clotilde, lánguida, desfallecida, rodeó sus brazos al cuello de Daniel, murmurando con débil acento estas palabras:

—¡Daniel! ¡hermano mio! ¡bendigamos á Dios que ha querido librarnos de un gran crimen, de una gran vergüenza!

Clotilde besó en las mejillas á Daniel, y desprendiéndose de sus brazos, cayó de rodillas y comenzó á rezar en voz baja.

Daniel se quedó absorto. Todo lo que le habia sucedido aquella noche tenia algo de extraño, de inverosímil. El recibimiento que acababa de hacerle Clotilde era, para él, inesplicable.

¿Por qué, profundamente abstraída, se arrodillaba, dirigiendo á Dios una plegaria?

¿Por qué habia impreso en su mejilla un beso apasionado, diciéndole al mismo tiempo: «¡Daniel! ¡her-

mano mio! ¡bendigamos á Dios que ha querido librarnos de un gran crimen, de una gran vergüenza?»

Todo esto era inesplicable, y Daniel, cogiendo suavemente por un brazo á Clotilde, le dijo:

—Hace tres horas que la inquietud me mata; te he esperado en vano junto á la puerta falsa del jardin, y al ver que no acudias á la cita, arrostrándolo todo y creyendo que corrias algun peligro, he penetrado en esta casa sin obstáculo alguno, sin la menor oposicion; al encontrarte, por fin, me recibes con los brazos abiertos, imprimes tus hermosos labios en mi mejilla y desde el fondo de tu alma exhalas un grito, pronunciando al mismo tiempo palabras que en vano procuro descifrar. ¡Clotilde! ¡Clotilde de mi vida! tus ojos están llenos de lágrimas, tus labios formulan una oracion, en vez de palabras de amor; en tu frente leo la melancolía, en el pálido color de tu semblante la angustia; no me ocultes nada, yo necesito saber todo lo que le sucede á la que muy en breve ha de ser mi esposa.

—¡Tu esposa!—repitió Clotilde fijando una mirada melancólica en Daniel.—¡Tu esposa! ¡ah! ¡bendigamos á la Providencia, que, apiadándose de nosotros, ha querido librarnos de semejante vergüenza!

—¡Dios mio! tus palabras me espantan, Clotilde; temo que tu juicio se halle trastornado.

—No, Daniel, no,—repuso Clotilde agitando con triste espresion la cabeza,—yo no puedo ser tu esposa.

—¡Luego no me amas!

—¡Amarte! ¡te amo mas que nunca, Daniel! te amo,

y comprendo ahora por qué desde el primer día que te ví sentí en mi alma unos deseos vivísimos de verte y de amarte, y era, Daniel, que la voz de la naturaleza me gritaba desde el fondo de mi pecho: «Ama á ese jóven, á ese huérfano, á quien el general Lostan cierra las puertas de su casa, porque ese jóven siente circular por sus venas tu misma sangre, porque ese jóven, que no ha conocido nunca á su padre, es hermano tuyo y, como tú, debe la existencia al general Lostan.»

Y como si Clotilde hubiera empleado toda la fuerza vital para pronunciar estas palabras, cayó desvanecida en una butaca y sus ojos se cerraron dulcemente.

Daniel lanzó un grito, sintió un ruido extraño dentro de su cráneo y llevóse las manos á las sienes, como si temiera que estallase su cabeza.

—¡El general! ¡el general Lostan mi padre!—murmuró con acento tembloroso.—¡Clotilde mi hermana!... ¡Si se prolonga un dia mas este secreto...

Daniel no terminó la frase, sus ojos despidieron una mirada siniestra, su semblante palideció hasta el punto de tornarse lívido y un temblor nervioso agitó su cuerpo.

Por su calenturienta imaginacion habia cruzado, con la rapidez de un rayo, lo espantoso, lo horrible del peligro que habia corrido.

La Providencia habia detenido su paso al borde del profundo abismo, y la sangre fria, helada por un instante, habia detenido la circulacion dentro de las venas, produciendo una tempestad dentro del sér de Daniel.

—¡Clotilde mi hermana!—volvió á murmurar como

obedeciendo á una de esas terribles pesadillas que nos persiguen aun despues de despiertos.—¡El general Lostan mi padre!... ¡Yo he sido el juguete del incrédulo, del escéptico conde de la Fé, el terrible instrumento de su venganza!...

Y Daniel, soltando una estrepitosa carcajada, añadió:
—¡Sí, sí, la venganza es sabrosa! ¡el conde de la Fé tenia razon al desearla, porque yo, como él, quiero vengarme, pero vengarme de ese falso protector, que, vendiéndome las finezas de un padre, queria hacer de mí... un incestuoso.

Y Daniel, reclinando la cabeza sobre el respaldo de una butaca, continuó riéndose de un modo nervioso, histérico. Aquella risa no era la manifestacion del placer, de la alegría; eran mas bien los gemidos de un alma que, no pudiendo evaporarse por los ojos, convertidos en lágrimas, salian por la boca, convertidos en una carcajada que, muchas veces, termina con una enfermedad grave.

CAPÍTULO VI.

Los dos hermanos.

Daniel continuaba riéndose.

Aquella risa iba tomando el carácter de un accidente, de una enfermedad.

Clotilde, que poco á poco se habia restablecido de su desvanecimiento, al apercibirse de la risa estridente de Daniel, corrió á abrazarle, exclamando:

—¿Qué tienes, hermano mio? ¿Te pones enfermo?

—No, no es nada, Clotilde,—contestó Daniel, cesando por fin en su fatal risa;—tranquilízate, ó por mejor decir, tranquilicémonos los dos, porque... nos hace mucha falta la tranquilidad.

Y Daniel, levantándose de la butaca, cogió á Clotilde por una mano y la condujo hasta un sofá.

—Siéntate aquí y hablemos, ya que el ángel de nuestra guarda ha querido tender sobre nosotros su bienhechora proteccion.

Clotilde cogió cariñosamente una de las manos de Daniel, y cubriéndola de besos y de lágrimas, le dijo:

—Sí, nos hemos salvado precisamente cuando nos hallábamos al mismo borde del abismo, cuando solo nos

faltaba dar un paso mas para hundirnos por siempre en la profunda sima de la vergüenza y la desesperacion. El conde de la Fé nos empujaba hácia ella; nuestro ángel custodio es el que nos ha dicho: «¡Deteneos!»

Daniel escuchaba á Clotilde con la cabeza inclinada sobre el pecho, porque en las estrechas paredes de su cráneo sentia moverse una espantosa tempestad.

¿Y cómo podia escuchar sereno la historia que, indubablemente, iba á relatarle Clotilde, si no podia explicarse el silencio de su madre durante tantos años?

Mil veces, desde el dia en que la luz de la razon brotara en su mente, habia preguntado á su madre por el nombre del autor de sus dias, y Daniel no podia explicarse aquel silencio tenaz, aquel silencio que habia tenido la duracion de veinte años, y que ni aun en la hora de la muerte, á las puertas del sepulcro, habia sido interrumpido por los labios de la madre moribunda.

¿Por qué este silencio? ¿Por qué, al dejarle solo y huérfano en el mundo, no le habia dicho: «Tu padre es el general Lostan; á él debes el sér; reclámale, pues, los derechos á que te hace acreedor la sangre que circula por sus venas?»

Todas estas reflexiones formaban una espantosa confusion en el cerebro de Daniel.

Ángela habia bajado á la tumba llevándose su secreto, y Ángela, que habia sido siempre una buena madre, una mujer virtuosa, un modelo de bondad y de ternura para su hijo, era preciso que tuviese un gran motivo, una causa poderosa para explicar su conducta.

Clotilde, que tenia fijos los ojos con triste y dolorosa expresion en Daniel, como si leyera en su semblante, una por una, las impresiones del alma de aquel jóven, le dijo con una expresion de infinita ternura:

—¡Daniel! ¡hermano mio! comprendo la terrible lucha que agita todo tu sér y adivino en la melancólica expresion de tu frente las dudas que sobresaltan tu espíritu, causando agudos dolores á tu corazon. ¡Tu madre fué una santa! ¡una mártir! ¡La grandeza del amor que inflamó su alma, tal vez le hizo cometer una falta que espero quedará disculpada á tus ojos cuando te enteres de la triste historia de la mujer que te llevó en sus entrañas! ¡y mi padre, que, siéndolo tuyo, puede aparecer como un hombre desnaturalizado, como un corazon de roca, es mas desgraciado que criminal! Muy en breve ese manuscrito que se halla sobre la mesa calmará todos tus recelos, porque esas páginas, escritas para tí, por tu madre, son una herencia de lágrimas que te devolverá todos tus derechos, llenando de vergüenza y de oprobio al culpable.

—Pero, ¡Dios mio!—esclamó Daniel llevándose las manos á la cabeza;—¡todo esto me parece un sueño! ¡tú hermana mia!... ¡el general mi padre!

—Anoche un hombre, oculto detrás de algun árbol, sorprendió nuestra cita, y esta circunstancia ha sido causa de nuestra salvacion, porque si el general hubiera guardado un dia mas su secreto, nuestra desgracia era segura; ¡bendigamos, pues, á la Providencia, que ha querido salvarnos de tan inminente peligro! ¿Qué im-

portan los derechos que yo pierdo? Lo importante es la paz del alma, la tranquilidad de espíritu, y esas, hermano mio, podremos disfrutarlas, gracias á la lectura de ese manuscrito.

Y como Daniel guardara silencio, profundamente preocupado con las palabras de Clotilde, ésta le cogió cariñosamente una de las manos, añadiendo:

—Si yo no estuviera segura de la nobleza de tus sentimientos, si el amor que has logrado inspirarme no llenara mi pecho de dulces esperanzas, mi desesperacion seria grande. Pronto la lectura de las memorias que para tí escribió tu madre, te darán á conocer todos tus derechos; pero para predisponer tu corazon á la clemencia, escucha antes, hermano mio, la lectura de una carta que el general Lostan me dirige con el manuscrito de la infortunada Ángela.

Y Clotilde, cogiendo uno de los papeles que se hallaban sobre la mesa, comenzó á leer, con acento conmovido, lo que sigue:

«Hija mia: ha llegado para mí uno de esos momentos sublimes en que es preciso te revele el terrible secreto que por espacio de muchos años he guardado avaro en el fondo de mi corazon.

»Al coger la pluma para escribirte, se estremece mi alma sobresaltada, tiembla mi mano y el espíritu cobarde trasmite á mi sér una angustia mortal.

»Tú no puedes comprender el titánico esfuerzo que hace mi voluntad para dedicarte estas líneas, que no son otra cosa que una acusacion de mi conciencia.

»Caiga, pues, sobre mi frente toda la vergüenza, todo el desprecio á que me he hecho acreedor, pero sálvese la honra de mi hija, la inmaculada pureza del ángel de mi hogar, que por espacio de diez y nueve años ha sido para mí una fuente de inagotable consuelo.

»Tú no puedes comprender, Clotilde mia, lo que yo he sufrido desde el instante en que adiviné que tu alma purísima amaba á Daniel. Ese amor naciente me llenó de espantosos sobresaltos, de crueles temores; y mis consejos, al exhortarte que olvidaras á Daniel, como la dureza con que rechazaba tus súplicas, no eran hijos del orgullo satánico que introduce en el corazón de algunos hombres la alta posición que ocupan: no, hija mia, te amaba demasiado para violentar las inclinaciones de tu corazón, para convertirme en padre tiránico, de esos que imponen á sus hijas el amor, eligiendo á su gusto el hombre que ha de darles el nombre de esposa.

»Causas poderosas y un gran secreto de familia que vas á saber, me obligaron, bien á pesar mio, á prohibirte enérgicamente que pensaras en Daniel y á arrancarte de España, con la esperanza de que la ausencia podría ser causa del olvido.

»Cuando recibas esta carta, tal vez tu padre será mas digno de compasión que de ódio: compadéceme, pues, hija mia, porque tú no puedes comprender lo terriblemente que me ha castigado la Providencia por un crimen de mi juventud, hijo del orgullo y de la vanidad. Lee, pues, querida Clotilde, con detención, el manuscrito que te envío, y si al terminarle me crees digno

de tu compasion, ruega á Dios por tu desgraciado padre.

»La lectura de las páginas que escribió una mujer que ya no existe y que fué un ángel de la tierra que supo apurar hasta su último instante la copa del martirio, te esplicarán claramente por qué el general Lostan se opuso con una energía, con una crueldad que desmentia su conducta pasada, á que su hija Clotilde fuera la esposa de Daniel.

»Yo, en medio de mi amargura, bendigo á la Providencia, que ha querido librarnos á todos de una gran desgracia, y no pudiendo soportar por mas tiempo dentro de mi corazon el secreto que me ahoga, te lo revelo á tí, Clotilde mia, y termino esta carta pidiéndote perdon por todo el daño, por toda la inquietud, por toda la pena que voy á causarte.

»En la última página del manuscrito de Ángela encontrarás algunas líneas, escritas por mí, que debeis tener tú y Daniel como la última súplica que á sus hijos dirige un padre desgraciado.

»Comienza, pues, á leer, hija mia, y procura mantener tu espíritu tranquilo; pero no pierdas ni un solomomento, porque es preciso que cuando Daniel acuda á la cita que le has dado para esta noche, le recibas como se merece.

»Enciértrate, pues, en tu gabinete y lee. He dado mis órdenes para que nadie intercepte el paso de Daniel. Yo me hallaré lejos de esta quinta cuando recibas esta carta, y mañana... ¡oh! mañana, ¡Dios tenga piedad de tu infortunado padre!—Pedro de Lostan.»

Al terminar la lectura de esta carta, los ojos de Clo-

tilde se hallaban llenos de lágrimas. Daniel la había escuchado con el mas profundo silencio, inclinada la frente sobre el pecho é inmóvil como una estatua.

Aquellas líneas parecían una despedida eterna, el último adios de un hombre que se dispone á emprender el camino de la eternidad.

Daniel no quiso manifestar esos temores á Clotilde por no aumentar los sobresaltos de su alma, y despues de una ligera pausa, rodeando con su brazo la cintura de Clotilde y dándole un casto beso en la mejilla, le dijo con tierno acento:

—Pues bien, hermana mia; si la lectura del manuscrito de mi madre ha de descorrer el tenebroso velo que encubre el fatal secreto, concluyamos cuanto antes y permíteme que lea esas páginas, escritas por la mano de aquel ángel de bondad que me llevó en su seno.

Clotilde estendió el brazo, cogió el manuscrito, y presentándosele á Daniel, repuso con trémulo y conmovido acento:

—Sí, es preciso que leas estas páginas; toma, para tí se han escrito estas memorias, empapadas con las lágrimas de una madre, y ellas te revelarán muy en breve la gran vergüenza del general Lostan y la usurpacion que, inocentemente, hizo su hija de los derechos que á tí solo pertenecen.

Daniel cogió con manos trémulas el manuscrito, y al fijar sus ojos en la letra de su madre, besó respetuosamente aquel cuaderno, en donde una voz secreta le decía que iba á encontrar el alma de la pobre Ángela.

CAPÍTULO PRIMERO.

El susurro de la muerte.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

Hubo una ligera pausa.

Daniel miró al mar — sobre la mesa.

La luz de la lampara bañaba aquellas páginas, que tantas veces se habían hundido con las lágrimas de Angélica.

Daniel y Clotilde, sentados al uno al lado del otro,

El manuscrito de una madre.

semejaba por la postura y el semblante, formaban un grupo encantador. ~~~~~

Clotilde repetía dulcemente sobre el brazo de su hijo, sobre el hombro de Daniel, y se oían y respiraba con la calma de la noche y se oían y respiraba con la calma de la noche.

Para él era aquel el momento más sublime de su vida: Por eso todo se olvidaba, toda su alma se encontraba en la mirada del manuscrito que, apoyado delante de sus brazos, como un libro abierto,

Por un Daniel estaba en silencio, digno una corona Reina de Letrán y Clotilde y dijo con sereno brío como el melodioso acorde de un arpa.

CAPÍTULO PRIMERO.

El emisario de la muerte.

Hubo una ligera pausa.

Daniel colocó el manuscrito sobre la mesa.

La luz de la lámpara bañaba aquellas páginas, que tantas veces se habían humedecido con las lágrimas de Ángela.

Daniel y Clotilde, sentados el uno al lado del otro, con sus hermosas cabezas casi juntas, sus generosos corazones conmovidos, sus almas impresionadas y los ojos húmedos por la ternura y el sentimiento, formaban un grupo encantador.

Clotilde tenía dulcemente apoyado su brazo izquierdo sobre el hombro de Daniel, y su dulce y agitada respiración iba á orear los largos y sedosos cabellos del jóven.

Para ellos era aquel el momento mas sublime de su vida. Por eso todo su espíritu, toda su alma estaba concentrada en la lectura del manuscrito que tenían delante de sus llorosos ojos.

Por fin Daniel exhaló un suspiro, dirigió una mirada llena de ternura á Clotilde y dijo con acento triste como el melodioso acorde de un arpa:

—Voy á comenzar la lectura de estas líneas que mi buena y bondadosa madre ha querido legarme despues de su muerte. Yo respeto el largo y prolongado silencio que ha guardado por tanto tiempo. ¡Desgraciado del hijo que olvida las caricias y los desvelos de una madre cariñosa! ¡Infeliz del hombre que no inclina la cabeza ante los mandatos de aquella que le llevó en sus entrañas!

Daniel irguió la frente, sacudió con cierta energía sus blondos cabellos, y con una voz tierna, dulce, conmovida, comenzó á leer el manuscrito de una madre.

I.

«¡Daniel!... ¡hijo mio! el corazon me dice que el ángel misterioso de la muerte bate sus impalpables alas sobre mi frente. Mi débil planta camina vacilante hácia la tumba, estrecho espacio de tierra donde van á sepultarse las ambiciones y el orgullo de los poderosos y la humildad y las amarguras del pobre; fosa niveladora, en donde acaba la pequeñez de la criatura y comienza la grandeza de Dios.

»Antes, pues, hijo mio, que formulen mis labios el último suspiro, antes que se apague la luz de mis ojos y se estingan los latidos de mi corazon, voy á escribir, con mano trémula, mi triste historia, y á revelarte el secreto que por tantos años he encerrado en mi pecho.

II.

»No maldigas á tu madre por el largo silencio que

ha guardado: su disculpa se halla en estas páginas que te dedica, en el inmenso amor que te ha profesado y en el mar de lágrimas que sin cesar brotaba de sus ojos pensando en tu porvenir.

»Tú no puedes imaginarte, Daniel de mi alma, los terribles dolores que sufría mi corazón cuando, desde la ventana de mi dormitorio, te veía de pié, triste y meditabundo, sobre una roca, con la mirada fija hácia el camino de Madrid.

»Tú esperabas impaciente ver llegar por aquel camino, siempre solitario, á tu padre, y cuando la noche cubría la tierra con sus densas tinieblas, regresabas á casa, partiéndome el corazón con esta pregunta: «¿Cuándo vendrá mi padre? ¿Cuándo tendré la dicha de conocerle?»

»Yo, entonces, dominando la angustia que me devoraba y cubriendo de besos y lágrimas tu hermosa frente, te hacía concebir la esperanza de un mañana que no llegaba nunca.

»Así creciste y así fué envenenándose mi existencia, minada sordamente por el frío sople de la muerte.

III.

»Conozco, hijo mio, que he sido muy débil y harto confiada; pero yo creía que esta debilidad, que esta confianza asegurarían, por fin, tu porvenir, elevándote al rango que legítimamente te correspondía.

»Al escribir estas líneas, aun no he perdido esa con-

fianza; pero si despues de mi muerte, que no está lejána, aquel á quien debes el sér apaga el grito de su conciencia y la voz de su naturaleza y no te abre sus brazos para recibirte en su seno, entonces tú, con este manuscrito, podrás presentarte ante él con la frente levantada y decirle: «La hora de la justicia y la reparacion ha sonado: mi madre bajó á la tumba cumpliendo con la fidelidad de los mártires su promesa, pero yo, que nada he prometido, vengo á reclamar mis derechos.»

»Despues de estas líneas, que sirven de introduccion á mi historia, continúa leyendo, hijo mio, y perdona y compadece á tu madre.

IV.

»Hace aproximadamente veintidos años, vivia yo modesta y olvidada en el pueblo de Humanes.

»Mi padre, capitán del ejército, se hallaba en Cataluña con su regimiento, persiguiendo á las partidas carlistas que recorrian las montañas del Principado, encendiendo, por segunda vez en España, la guerra civil.

»Yo contaba entonces diez y nueve años de edad, era huérfana de madre, pues habia tenido la desgracia de perder, siendo muy niña, á la que con tanta ternura cuidó de mi infancia; pero en cambio, una hermana de mi padre, viuda de un antiguo médico de Humanes, me servia de madre, lo cual era un gran consuelo para el autor de mis dias, á quien los deberes de la carrera militar le obligaban á permanecer muchas temporadas lejos de su hija.

«Una mañana, precisamente el día de mi cumpleaños, mi tía y yo nos hallábamos inquietas porque había transcurrido un mes sin recibir carta de mi padre, cuando oímos el precipitado galope de un caballo que venía por el camino de Guadalajara y se detuvo junto á nuestra puerta.

«La curiosidad hizo que mi tía y yo nos asomáramos á la ventana, y entonces vimos á un jóven oficial del ejército, que, saludándonos respetuosamente, acercó el caballo hácia nosotras y nos preguntó si podíamos darle razon de dónde vivían la hija y la hermana del capitán don Agustín Cantero.

—«Está usted hablando con ellas, caballero,—contestó mi tía precipitadamente.

«El capitán volvió á saludarnos, echó pié á tierra, ató el caballo en un árbol inmediato, y volviendo á acercarse hácia la ventana, nos dijo:

—«Soy portador de un mensaje del capitán Cantero y pido á ustedes permiso para entrar...

«Aquel jóven parecía turbado. Se leía en su frente espaciosa el malestar, la inquietud; y yo, al mismo tiempo, sentí un estremecimiento en el corazón, como presagio de funestas nuevas.

V.

«Un momento despues, el jóven oficial, mi tía y yo nos hallábamos sentados en la modesta salita de nuestra casa.

»Yo me hallaba inquieta, mi tia impaciente, y el oficial indeciso, como si temiera revelar el motivo que le conducia á nuestra casa.

—»Señoras,—dijo despues de una corta pausa:—es tan triste, tan desagradable el motivo que me conduce á esta casa, que confieso ingénuamente no me he encontrado en mi vida en un caso semejante.

»El oficial, en cuya vista estaban clavados nuestros ojos, leyó el sobresalto de nuestras almas, impreso en nuestros semblantes, y haciendo un esfuerzo como para terminar aquella escena, que indudablemente le molestaba, añadió como si hablara consigo mismo:

—»Yo no sirvo para estas cosas; es preciso salir de este mal paso cuanto antes.

»Desabrochóse el pecho del uniforme, sacó una cartera, y dejándola sobre las rodillas de mi tia, dijo con acento seco y brusco, pero que desmentia la humedad de sus ojos, próximos á derramar una lágrima:

—»Yo soy el emisario de la muerte. El capitán ha dejado de existir, cumpliendo como bueno en el campo de batalla. Esa cartera dará á ustedes mas esplicaciones, pues ella contiene toda la fortuna de mi desgraciado compañero.

»Al oír esta inesperada cuanto fatal nueva, lancé uno de esos gritos que nacen del fondo del alma y que parecen arrancarnos la vida, y me arrojé desconsolada en brazos de mi tia, que, absorta, desconsolada y llorosa, me estrechó contra su pecho con maternal ternura.»

CAPÍTULO II.

Lágrimas.

I.

«Ignoro el tiempo que permanecí, anegada en lágrimas, en los brazos de mi tia.

»La noticia habia sido tan brusca, tan inesperada, que mas que un verdadero dolor, lo que sentia era un gran aturdimiento.

—»Pero, ¿es posible una desgracia tan espantosa?—
esclamó por fin mi tia.

»Entonces, al dejarme caer sobre una silla, al llevar las manos á los ojos para enjugar las lágrimas, observé que el jóven oficial, de pié, con los brazos cruzados sobre el pecho é inmóvil junto á la ventana, lloraba tambien.

»Por primera vez mis ojos se fijaron con una curiosidad marcada en la fisonomía de un hombre, y confieso, hijo mio, porque te está hablando una moribunda, que en estos supremos instantes el alma rechaza medrosa la

mentira, que me interesó el sentimiento que demostraba aquel jóven que acababa de herir, con la inesperada rapidez del rayo, mi corazon.

II.

»El dolor, como el placer, han sido siempre egoistas, porque esas afecciones del alma que conmueven á los desterrados de este valle de penalidades y miserias, haciendo abstraccion de todo cuanto les rodea, se abisman en ellos mismos y no tienen mas que un solo punto que fije la atencion en el horizonte de su vida.

»Yo olvidé pronto el interés que aquel jóven acababa de inspirarme, y todo mi espíritu, toda mi alma, toda mi imaginacion se ocupó de la pérdida que acababa de experimentar: la muerte de mi padre.

»Pobre, jóven y huérfana en el mundo, sin otro apoyo en la tierra que ese tronco secular á cuya sombra habia crecido mi débil cuerpo, ví estenderse ante mis ojos el triste porvenir que me esperaba.

»Sí, muy triste, hijo mio. Tú has enjugado muchas veces mis lágrimas y has visto mi frente, surcada por arrugas prematuras, palidecer de dia en dia, porque el implacable dedo de la muerte iba imprimiendo en ella su terrible huella.

»Tú lo has visto, Daniel querido, y yo no quiero, detallándote una á una todas mis amarguras, todas mis penalidades, turbar la tranquilidad de tu conciencia sin mancha ni enrojecer tus hermosos ojos con esas lágrimas

que el dolor arranca al alma y que Dios, sin duda para que no nos ahoguen, permite que se exhalen por los ojos.

III.

»La naturaleza ó la Providencia, clementes y previsoras, al crear el dolor, hicieron que brotase junto á él el inapreciable manantial del olvido.

»Sin este don del cielo la humanidad no existiría.

»Cuando una desgracia nos hiera vivamente, la impresion violenta que percibe el pensamiento desciende como un rayo y produce una tempestad dolorosa al corazon.

»Si esta tempestad no se adormeciera, si con el tiempo no lograra disiparse poco á poco, si el rocío de la resignacion no cayera sobre las heridas que produce la desgracia, si el bálsamo del olvido no endulzara las amarguras del infortunio, la vida, hijo mio, seria corta, muy corta, y al exhalar el pecho el primer gemido de dolor, el cuerpo se veria obligado á encorvarse sobre la tierra para cavarse con sus propias manos esa fosa en donde la existencia acaba, y el alma, rompiendo el frágil barro que la encierra, vuela á las mansiones desconocidas.

IV.

»El jóven militar, portador de tan tristes nuevas, después de dejarnos desahogar nuestra pena con el llanto,

comenzó á dirigirnos palabras de consuelo, y mi tia quiso saber cómo habia tenido lugar la muerte de mi pobre padre.

»El oficial, entonces, nos refirió que le habia visto caer mortalmente herido á su lado y que, con ayuda de otro compañero, le habian conducido detrás de unas rocas que se hallaban al abrigo del fuego de los enemigos, y terminó con estas palabras su relato:

—»En el escuadron queriamos todos muy de veras al capitán Cantero: era un pundonoroso militar, un camarada inapreciable. Al colocarle detrás de la roca, mientras con mi pañuelo procuraba contener la sangre que á borbotones brotaba de su pecho, mientras mandé á un soldado en busca del físico, le dirigí palabras de consuelo alentándole; pero él, agitando tristemente la cabeza y fijando en mí sus moribundos ojos, me cogió las manos, diciéndome al mismo tiempo:

—»Amigo Lostan, mi vida se acaba: ese sol que llena de luz estos montes es el último que alumbrará para mí; pero quiero aprovechar los cortos momentos que me quedan de existencia para despedirme de mi querida hija, á quien dejo huérfana en el mundo, y de mi buena y cariñosa hermana. Yo confío que usted me prestará el señalado servicio de ir á verlas al pueblo de Humanes, en donde se hallan, en donde viven, para entregarles una cartera que encontrará usted en el bolsillo del pecho de mi levita, y la maleta que se halla á la grupa de mi caballo, si es que este parece y no cae en poder de nuestros enemigos.

—»Entonces el capitán Cantero,—añadió el oficial,—me hizo que le desabrochara la levita, y sacando la cartera, escribió en una de sus hojas algunas líneas con un lápiz. Luego, estrechando de nuevo una de mis manos, volvió á decirme ya con moribundo acento:

—»Lostan, usted es jóven, muy jóven, y si una bala no viene fatalmente á matar sus ilusiones y sus justas esperanzas, es posible que con el tiempo se conquiste una alta posición en la milicia. Yo le recomiendo á usted á mi hija, á mi pobre Ángela y á mi buena hermana, y espero que tan pronto como regrese á Madrid, se tome la molestia de ir al pueblo de Humanes, en donde viven, y participarles mi desgraciado fin.

»Pocos momentos despues, el cuerpo del capitán se estremeció, fijáronse en mí de un modo vago sus ojos, exhaló un suspiro, y pronunciando por dos veces el nombre de «¡Ángela!» dejó de existir.

V.

»El jóven oficial terminó su relato y volvió de nuevo á dirigirnos palabras de consuelo; luego salió y volvió á entrar, trayendo la maleta de mi padre. Yo, mientras tanto, leí las últimas líneas que mi padre me dedicaba; tierna y dulce despedida, enviada desde las puertas de la muerte.

»Así llegó la noche.

»El oficial había mandado el caballo á la posada y permanecía á nuestro lado prestándonos sus consuelos:

parecía como si le causara una gran pena abandonarnos.

»Como aquella noche triste nos hubiera sido imposible dormir, la pasamos en vela, unas veces llorando, otras rezando por el alma de mi padre, ó bien recordando los bondadosos sentimientos de su corazón.

»Cuando la luz del sol vino á disipar las sombras de la noche, mi tía suplicó al jóven oficial que descansara algunas horas, y como éste se dispusiera para ir á la posada, le dijo:

—»Modesta es nuestra vivienda; pero los que vivimos en los pueblos tenemos, como usted no ignora, destinada siempre una habitacion para los alojados: yo le suplico en mi nombre y en el de mi sobrina que acepte esta habitacion durante el tiempo que pueda ó quiera permanecer en Humanes.

»El oficial aceptó el ofrecimiento y se retiró á su habitacion.

VI.

»Trascurrieron algunas horas.

»Mi tía me habia dejado sola en la sala; era preciso disponer algun alimento para el huésped á quien ni siquiera se habia invitado con una modesta cena la noche anterior; pero nuestro dolor disculpaba esta falta.

»Yo me hallaba sentada junto á una ventana que tomaba las luces de un pequeño jardín, que era mi entretenimiento en las horas de holganza, cuando de pronto oí unos pasos que se acercaban al sitio donde me hallaba,

y ví á mi lado, de pié, al jóven oficial, que me miraba con fijeza.

»Aquella mirada me causó un estremecimiento involuntario, una sensacion hasta entonces desconocida para mí.

»Sin poder explicar la causa, bajé los ojos ruborizada, y este rubor, que descubrió el estado de mi espíritu, me disgustó sobremanera.

—»¡Pobre Ángela!—dijo en voz baja el militar;—usted ha perdido un padre, pérdida, á la verdad, irreparable; y yo, que no puedo olvidar la recomendacion de un capitán en la hora de su muerte, aunque desgraciadamente no soy rico, aunque no tengo mas fortuna que mi espada y el empleo de teniente, juro por mi honor de caballero y por esta cruz de San Fernando que honra mi pecho, que tendrá usted siempre en mí un leal protector, un hermano del corazon.

—»Gracias, caballero,—le contesté;—yo acepto ese ofrecimiento, porque, sola y huérfana en el mundo, tal vez necesite mañana de un protector en mi orfandad.

—»Yo también, señorita, soy huérfano; perdí á mis padres cuando estaba en el colegio siguiendo mis estudios para la carrera de las armas. Como no me dejaron otro patrimonio que un nombre sin mancha, espero mantener este nombre con honra y buscarme un porvenir con mi espada.

»Este oficial, pobre como yo y á quien le bastaron horas para captarse las simpatías de la hermana de mi padre y las mías, se llamaba Pedro de Lostan.»

CAPÍTULO III.

El primer amor.

Daniel continuaba leyendo las memorias de su madre sin interrupcion, sin hacer comentarios, con la febril impaciencia propia de las circunstancias en que se encontraba.

De vez en cuando exhalaba un suspiro y dirigia una mirada á Clotilde, y entonces ésta le decia con acento cariñoso:

—Continúa, hermano mio.

«Pedro de Lostan (decia el manuscrito), accediendo á las súplicas de la mujer que me servia de madre, permaneció dos dias á nuestro lado.

»Se tomó tanto interés en nuestra desgracia, que le vimos partir con verdadero sentimiento.

»Ya junto á la puerta, cuando tenia un pié en el es-

tribo, noté que fijaba en mí sus ojos de una manera expresiva, y me dijo: —»Ángela, no olvidé usted que en el regimiento del Rey, en el primer escuadron, tiene usted un hermano que se llama Pedro de Lostan, y puesto que ustedes son tan buenas que me permiten me entere de vez en cuando de su salud, yo parto con la seguridad de que mis cartas recibirán una contestacion que me demuestre que no se olvidan de mí en el pueblo de Humanes.

»Luego partió: y mi tia, para quien Lostan habia sido sumamente simpático, me hablaba de él con frecuencia, y yo confieso, hijo mio, que desde aquel instante compartí mi pensamiento entre la memoria de mi padre y el recuerdo de aquel jóven que habia sido portador de tan infausta nueva.

II.

»Algunos dias despues, recibimos la primera carta de Pedro de Lostan, fechada en Madrid.

»Desde este momento se estableció entre nosotros una correspondencia bastante frecuente, y como desde la primera hasta la última carta que recibí de Lostan las he conservado, las hallarás en el cofrecillo de ébano, atadas con una cinta, porque estas cartas, que son una historia de mis primeros y últimos amores, pueden ser para tí de gran utilidad.

»No las consigno en estas páginas porque seria para mí un trabajo tan ímprobo como doloroso, y mi alma

apenada padecería mucho al leer, despues de tantos años y en el estado de estrema debilidad en que me encuentro, la larga correspondencia de un hombre á quien tanto he amado y que tan desgraciada me ha hecho; aunque yo creo firmemente que, mas que por deseo propio, ha sido obedeciendo al poderoso influjo de la fatalidad.

III.

»Así pasó el tiempo, hijo mio, y las frecuentes cartas que nos escribia Lostan nos demostraban la firmeza de su buena amistad.

»Mi tia le habia encargado arreglara lo perteneciente á mi orfandad, y Lostan nos sirvió como un leal amigo.

»Una mañana, mi tia entró en la habitacion en donde yo me hallaba cosiendo y me dijo:

—»Acabo de recibir una carta de Pedro y tengo que darte una buena noticia, porque supongo que tú, como yo, te alegrarás de verle.

—»¿Va á venir?—pregunté yo con un interés que hizo sonreir á mi tia.

—»Sí: me dice en su carta que ha pedido quince dias de licencia, pues tiene que ir á Guadalajara á hacerse cargo de un modesto legado que en el pueblo de Horche acaba de dejarle en herencia un pariente lejano que ha muerto, y aprovechando esta ocasion, dice que vendrá á saludarnos y á pasar con nosotras un par de dias.

—»Me alegro,—contesté yo maquinalmente;—pues

así podremos darle las gracias por el interés que se ha tomado por nosotras.

»Mi tia se sonrió al oír mis palabras, y sentándose á mi lado y cogiéndome una mano, me dijo con la ternura de una madre:

—»Veo con placer, querida Ángela, que te regocija, como á mí, la idea de que Pedro venga á visitarnos; es un jóven simpático y generoso; y como he notado por sus cartas que no le eres del todo indiferente, te confieso con ingenuidad que no me disgustaria que me pidiera tu mano.

»Y como yo inclinara los ojos, ruborizada ante los deseos de mi tia y temerosa de que leyera en mi mirada lo que pasaba en mi alma, ella volvió á decirme:

—»Formariais una bonita pareja, y nadie puede tachar de exageradas mis pretensiones; porque Pedro de Lostan es un teniente de caballería, sin mas patrimonio, como él ha dicho, que su espada.

»Y sonriéndose de un modo sencillo, que demostraba la bondad de su corazon, añadió:

—»Digo, á no ser que esa herencia de que nos habla en su carta sea de mucha consideracion; pero si hemos de dar crédito á sus palabras, solo se trata de un modesto legado; pero, en fin, pronto saldremos de dudas, pues yo espero muy en breve verle entrar por las puertas de nuestra casa.

IV.

»Tres dias despues oimos detenerse un caballo junto

á nuestra ventana, y mi tia y yo nos asomamos precipitadamente: era Pedro de Lostan; y recuerdo perfectamente que, al mismo tiempo que se inclinaba sobre el cuello de su caballo para saludarnos, el reloj de la iglesia dió las once de la mañana.

»Me he propuesto, hijo mio, no ocultarte nada; quiero revelarte hasta las impresiones de mi alma en estas páginas, que, con mano temblorosa y en presencia de la muerte, escribo para tí solo.

»Es la confesion que hace una madre á su hijo, y solo yo puedo apreciar el valor de estas páginas que constituyen mi triste y sencilla historia.

»Pedro de Lostan conmovió vivamente mi corazon con su presencia, y era esto, querido Daniel, que yo le amaba sin darme cuenta entonces ni á mí misma de lo que era el amor.

»Mi tia recibió tambien á Pedro con la alegría y el cariño con que se recibe á la persona que nos es simpática, y aunque él tuvo empeño en ir á una posada, no lo permitimos, y sin ocuparnos de la maledicencia de un pueblo pequeño, donde todo se comenta porque todos se conocen, le obligamos á que se quedara en nuestra casa los dias que permaneciera en Humanes.

»Pedro habia desempeñado con gran actividad el encargo que le habiamos hecho, y venia á darnos cuenta de todo. Además, era otra su mision, y estas palabras nos

dieron á comprender que él tambien tenia un gran interés por nosotras.

—»La casualidad,—nos dijo,—ha hecho que un pariente lejano me legara en su testamento una casa y una pequeña huerta en el pueblo de Horche, que se halla situado cerca de Guadalajara; yo vengo á suplicarles á ustedes que, pueblo por pueblo, abandonen á Humanes y se trasladen á Horche. Yo soy solo en el mundo; la carrera de las armas á que me he dedicado, me obliga á vivir, como vulgarmente se dice, hoy aquí y mañana allá; si aceptan ustedes mi ofrecimiento, además de darme en ello un gran placer, tendré la inmensa fortuna de saber que mi modesto patrimonio esté seguro y conservado; y en cuanto á ustedes, por poco que paguen de arriendo en esta casa, les podrá ser de utilidad el vivir en la mia, que además de tener una huerta que produce algo, yo no he de llevarles nada por alquileres.

VI.

»Mi tia se escusó al principio; pero fueron tantas las súplicas de Pedro, tantas las palabras que empleó para decidirnos á que aceptáramos su ofrecimiento, que fué preciso acceder, si bien convinimos en que no nos trasladáramos á Horche hasta la primavera próxima.

»Pedro permaneció tres dias en nuestra casa.

»Durante este tiempo, fino, obsequioso con nosotras, ni una sola palabra se escapó de su boca que pudiera ofendernos.

»La última noche que permaneció á nuestro lado, aprovechando una ocasion en que mi tia nos dejó solos, Pedro fijó en mí una de esas miradas que penetran hasta el fondo del corazon, y bajando la voz, me dijo:

—»Ángela: yo bendigo el momento en que, cumpliendo un deber sagrado, llegué á esta casa, siendo el mensajero de la muerte, porque este momento, doloroso y triste para usted, me proporcionó la inmensa dicha de conocerla.

»Al oír estas palabras, yo sentí una viva emocion en mi pecho.

»Con ese instinto delicado de la mujer, comprendí que Pedro me iba á hacer una declaracion de amor, y conmovida vivamente porque le amaba, ni me atreví á interrumpirle ni á mirarle: de sus labios se hallaba, entonces, suspensa una palabra que era para mí la felicidad de toda mi vida.

»Pedro volvió á decir, despues de una corta pausa:

—»Mañana, al rayar el alba, abandonaré este pueblo: Dios sabe á dónde me conducirá el destino; pero puede usted tener la seguridad de que me llevo en el alma tan firmemente grabado su recuerdo, que no la olvidaré ni un solo instante. Si en vez de ser un pobre oficial de corta graduacion, cuyo porvenir depende de las circunstancias, llevara sobre la manga de mi uniforme tres galones, si fuese un coronel, yo le diria á usted: «Ángela, ¿quiere usted ser mi esposa? ¿quiere usted unirse para toda su vida con los dulces y sagrados lazos del matrimonio con Pedro de Lostan?» pero hoy solo me queda

un camino: decirle á usted que la amo con todo mi corazon, y esperar.

VII.

»Trémula, confusa, con las lágrimas en los ojos, escuché la declaracion de amor que acababa de hacerme, y mi alma ingénua, mi corazon sencillo, que no conocia entonces, como no ha conocido nunca, la mentira, dejaron asomar á mis labios estas palabras:

—»Yo no soy ambiciosa; usted ha llegado á las puertas de esta casa, siendo portador de una triste nueva; usted ha sido bueno y cariñoso con la pobre huérfana; usted ha venido hoy á ofrecernos con generoso desprendimiento todo cuanto posee; y yo no me he ocupado de si el hombre cuya conducta ejemplar llenó de consuelo nuestra tristeza, llevaba en su uniformé las insignias de una alta categoría en la milicia. Usted dice que me ama; pues bien, yo acepto ese amor porque brota de un corazon noble y generoso.

»Pedro, al oír esta declaracion de mi alma, exhalando un grito de gozo, cayó á mis piés de rodillas y me cogió una mano.

»En este momento apareció mi tia en la sala; y como mostrase su sorpresa, Pedro se levantó y le dijo:

—»Señora: acabo de revelar á Ángela que la amo, y ella acepta mi amor. Mañana abandonaré este pueblo, y dentro de un mes, si usted no se opone, un sacerdote bendecirá nuestra union, y yo tendré una familia y usted podrá contar con un hijo mas.

«Mi tía recibió esta nueva con gran regocijo, y abrazando á Pedro, exclamó:

—»Ya habia yo sospechado que os amabais; y como yo no puedo oponerme á vuestra felicidad, que amo como la mia propia, casaos enhorabuena, y que Dios os bendiga.

VIII.

«Pedro de Lostan partió al dia siguiente, dejándonos en Humanes con los ojos llenos de lágrimas y la dulce esperanza de su pronto regreso en nuestros corazones.»

«Pedro, al oír esta declaración de mi alma, exclamó con un grito de gozo: ~~me acordé de vos~~ y cogió mi mano.

«En este momento apareció mi tía en la sala; y como mostrase su sorpresa, Pedro se levantó y le dijo:

—»Señora: acabo de revelar á Ángela que la amo, y ella acepta mi amor. Más que abandonará este pueblo, y dentro de un mes, si usted no se opone, un sacerdote bendecirá nuestra unión, y yo tendré una familia y usted podrá contar con un hijo más.

CAPÍTULO IV.

Donde Daniel interrumpe la lectura.

I.

«Desde este momento yo me creí la prometida esposa de Pedro de Lostan, y comenzó entre nosotros una correspondencia que debía terminar, como terminó, á los piés del altar.

«Tres dias despues de la partida de Pedro, recibí la primera carta, en la que me decia que iba á solicitar una licencia para volver á Humanes y darme la mano de esposo.

«Tengo el presentimiento, —me decia,—de que mi escuadron será trasladado á otro punto muy en breve, y quisiera antes dar á usted el nombre de esposa.»

«Tengo tantas cosas que decirte, hijo mio, que no quiero detenerme copiando aquí la larga correspondencia de dos jóvenes enamorados.

«Para tí lo mas importante, lo mas esencial es que

sepas los dolores, los sufrimientos que ha apurado tu madre por salvar la honra de aquel á quien debes el sér.

II.

»Un mes bastó á Pedro de Lostan para disponerlo todo y regresar á Humanes.

»Me seria difícil describirte la alegría que experimentó mi alma al ver al hombre que en breve debia ser mi esposo.

»Como Pedro demostró gran impaciencia en que se efectuara nuestro enlace antes de que su regimiento recibiera la órden para trasladarse á la Coruña, donde estaba indicado que deberia ir de guarnicion, mi tia habló al cura-párroco, don Faustino Noguerras, y el dia 16 de Setiembre de 185... se efectuó nuestro enlace, como verás por la partida de casamiento que encontrarás entre mis papeles.

»Como no habia terminado todavía mi luto, nuestro casamiento no fué acompañado de esa alegría propia de un acto tan solemne y trascendental, y solo se sentó á nuestra mesa el anciano párroco que nos habia bendecido.

»Pero, ¿qué importa el fausto deslumbrador de esos lujosos banquetes en donde la vanidad del hombre gasta en una sola noche lo que bastaria para cubrir las necesidades de toda la vida de una familia pobre? Cuando el corazon se siente verdaderamente feliz, la pobre choza del proletario tiene tambien sus encantos, su poesía.

»Pedro habia jurado amarme con toda su alma; y yo

le amaba con todo mi corazón, y para nosotros toda la felicidad de la tierra se encerraba en estas palabras: «amar y ser amado.»

»Sentíamos en nuestros pechos el egoísmo de la felicidad, y el mundo se hallaba reasumido para nosotros en el fuego apasionado de nuestras miradas.

III.

»Tú eres joven, Daniel; pura y sencilla duerme tu inocente alma dentro de tu sér y pronto sonará para tí la hora de las pasiones; pronto el amor, esa necesidad de la vida, esa segunda naturaleza de la criatura, llamará con un suspiro á las puertas de tu corazón.

»Sueños desconocidos para tí turbarán tu espíritu; se poblará tu mente de ideas nuevas, y sensaciones de inmensa felicidad ó de amargura eterna conmoverán tu alma.

»¡Dichoso aquel que en el árido y penoso camino de la vida encuentra un sér que le comprenda y que, apreciando la pureza de sus sentimientos, se complace en rodear de felicidad las horas de su existencia!

»Porque el amor, hijo mio, es la vida y la muerte, es la purísima esencia que perfuma el alma, ó la gota de veneno que quema y consume poco á poco el corazón.

»Yo, al pronunciar á los piés de un sacerdote, con labio trémulo y apasionado, el «sí» en el cual yo creía que se hallaba reasumida mi felicidad, firmé, Daniel mio,

mi sentencia de muerte, pero de una muerte cuya agonía debía durar veinte años.

»Desde el momento en que me convencí de que la ambición del hombre que había elegido por esposo me iba á hacer la mujer mas desgraciada de la tierra, resignada con mi suerte, rogué á Dios todas las noches para que te librase de semejante desgracia.

»Tú no puedes imaginarte, Daniel mio, cuánto sufrí el dia en que por primera vez me dijiste con la ingenuidad de la infancia:

—»¿Tengo yo padre como los demás niños que van á la escuela?

—»Sí, hijo mio,—te contesté, dominando el terrible dolor que con tus palabras habias causado á mi corazón.

—»Pues entonces, ¿por qué no viene?—volviste á preguntarme,—¿por qué no me lleva á paseo y me compra juguetes, como hacen los padres de mis amigos los niños que van conmigo al colegio?

—»Porque tu padre,—añadí yo,—se halla lejos, muy lejos de este pueblo; pero él vendrá, yo te lo prometo.

»Y tú no comprendias que las lágrimas que brotaban de mis ojos, que la trémula entonacion de mi voz ocultaban el terrible drama que te privaba del cariño paternal.

IV.

»Otro dia, recuerdo perfectamente que yo te llevaba de la mano, íbamos por el camino que conduce á la er-

mita del pueblo, y al llegar á la pequeña loma que sirve de base al piadoso edificio, tú me preguntaste:

—»Madre mia, ¿por dónde vendrá mi padre?»

»Y yo, trémula, confusa, turbada, estendí el brazo maquinalmente y te contesté:

—»Por allí.

»Desde entonces, siempre que íbamos á pasear á aquel sitio, fijabas tus claros y hermosos ojos en la carretera que, perdiéndose en el valle, se estendia como una ancha culebra á los piés del cerro, y despues de un momento de contemplacion fijabas en mí una mirada, diciéndome:

—»No veo á mi padre; hoy tampoco viene.

»Y el tiempo pasaba, y aquel camino, siempre desierto, heria vivamente tu infantil curiosidad, causando un profundo desconsuelo á mi alma.

»Al escribir estas líneas, las lágrimas oscurecen mi vista, mi mano tiembla, mi corazon late y me faltan hasta las fuerzas para continuar.

»Pero, ¿por qué atormentarme adelantando los sucesos? Ellos vendrán, querido Daniel, con toda su amargura, con todo su dolor, á probarte que el silencio de tu madre, mas que el de una mujer culpable, fué el de una mártir.»

Daniel suspendió la lectura del manuscrito. Tambien las lágrimas anublaban la clara luz de sus ojos, tambien su corazon latia con violencia, agitando su pecho.

—¡Pobre madre mia!—esclamó,—tú lo has dicho: fuiste una mártir que hizo el sacrificio de su vida y su

felicidad por librar del oprobio y la vergüenza á un hombre indigno de tí.

Clotilde puso cariñosamente una de sus manos sobre la cabeza de Daniel, y mirándole con una espresion de la mas íntima ternura, le dijo:

—Continúa, hermano mio, revístete de valor y de resignacion, porque el terrible drama va á comenzar, porque la calle de la amargura es preciso cruzarla con la frente serena y el espíritu tranquilo.

Daniel exhaló un suspiro, cambió una mirada con Clotilde y repuso:

—Tranquilízate, hermana mia: no ha de faltarme valor para apurar el cáliz de la amargura hasta las heces.

Y luego continuó leyendo de esta manera:

V.

»Cuatro dias despues de nuestro casamiento nos trasladamos al pueblo de Horche, instalándonos en la casa donde tú naciste y trascurrió tu infancia.

»Sería inútil que yo tratara de hacerte aquí una relacion de nuestra modesta casita de Horche.

»Yo, hijo mio, al recordar aquel poético y encantador período en que, conducida por el amor de mi esposo, me instalé en la poética mansion donde tú aprendiste á formular con labio balbuciente el nombre de tu madre, siento brotar algun consuelo en el fondo de mi alma.

»Á la sombra de aquellos bienhechores árboles, en

PUBLICACION NOTABLE EN FRENDA

LAS

FÁBULAS DE ESOPHO.

TRADUCCION DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATEINAS DE FERRO, AVIANO, JULIO GILLO, ETC.

precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula y de noticias biográficas sobre los citados Autores.

POR EDUARDO DE MIR.

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regular dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartidas en gran número de partes.

Cada entrega consistirá de 8 páginas en folio, perfectamente impresas y grabadas á mano de una lámina fuerte.

Para que nuestro libro reúna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contará un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas más conocidas.

A fin de proporcionar las magníficas obras, el precio de cada entrega será solo el de UN REAL en toda España.

PROXIMA A PUBLICARSE.

LA CARCALADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO)

Novela de costumbres

en verso.

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magníficas ilustraciones de láminas fuertes, dibujadas por el artista

D. EUSEBIO PLANA.

A UN CUARTILLO de real la entrega.

Imp. de la Real Academia de Ciencias y Letras.

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS
FÁBULAS DE ESOPPO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

POR EDUARDO DE MIER.

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escedan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en fólco, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reúna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de UN REAL en toda España.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE.

LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

Á UN CUARTILLO de real la entrega.

Imp. de Ramírez y C.^ª